

generales dependían de un consejo de guerra, compuestos de los diputados de las ciudades. Sucedió lo que era de prever: el ataque, mal combinado y ejecutado con evidente flojedad por parte de algunos jefes, fracasó por tres veces, á pesar de la valentía de los soldados. Pudo notarse la inacción de Eporedórix y de Viridomaro, mientras Vercasivellauno realizaba esfuerzos desesperados. Tres días de combates desgraciados, aun cuando no todas las fuerzas combatieron, bastaron para que se juzgara perdida sin remedio la partida, y aquella

52 muchedumbre armada, en lugar de reorganizarse en cualquier punto para emprender de nuevo la lucha, se dispersó en todas direcciones (septiembre del 52).

Cuando Vercingetórix vió desaparecer el ejército en que fundaba su última esperanza, convocó á sus compañeros y les ofreció inmolarse como una víctima expiatoria, bien recibiendo la muerte de manos de ellos para aplacar la cólera de los romanos, bien entregándose vivo á la venganza de éstos. César nada dice de cómo se acogió tal proposición. Relata únicamente que cuando llegaron emisarios para tratar de la rendición, exigió la entrega de las armas y de los jefes. Tampoco explica nada de lo que ocurrió entre él y el glorioso vencido. Otros historiadores cuentan la escena de distintas maneras. Plutarco afirma que Vercingetórix acudió montado en su caballo de batalla, con su traje más espléndido; que llegó á galope hasta el tribunal de César, depuso sus armas y se sentó luego, sin despegar los labios, á sus pies. Según Dión Casio, se presentó en actitud suplicante, invocando una antigua amistad. Asegura Floro que sólo pronunció estas palabras: «Tienes en tu presencia á un valiente, tú que eres el más bravo de los hombres.» Fué llevado á Roma y echado en un calabozo, donde permaneció seis años. Se le sacó de él en 46 para que figurara en el cortejo triunfal de su vencedor, convertido en dueño del mundo, y después se le decapitó.

La toma de Alesia señala, no el fin de la resistencia, pero sí la pérdida de la patria gala. La campaña del 51 se parece á las del 57, 56 y 55. Fué una serie de expediciones locales. Los eduos y arvernios habían depuesto las armas. Sin embargo, permanecían aún en pie algunas ciudades y contaban vencer, después del fracaso de las luchas campales, gracias á la dispersión de fuerzas á que obligarían al enemigo con sus esfuerzos parciales y simultáneos. César, con su actividad habitual, acudió á todas partes.

Bitúrigos y carnutos quedaron sometidos en pleno invierno, en breve espacio. Los belovacos, á quienes se unieran los ambianos, los aulercios, los caletes, los velocacos, los atrebatas, se rindieron después de una batalla. Para dominar á los eburones, entre los cuales había reaparecido Ambiórix, bastó entrar á sangre y fuego en su territorio. El andecavo Dumnaco, que sitiaba en la ciudad de Limonum (Poitiers) al pictón Duracio, fiel á los romanos, fué derrotado con todo su ejército. Los restos se refugiaron en la ciudad de Uxellodunum (el Puy d'Issolu), ópido de los cadurcos. Allí estaban el jefe de esta nación, Lucterio, y el senón Drappés. Resistieron con heroísmo y fué aquel el último glorioso combate de la guerra. Los sitiadores acabaron con la resistencia cortando el agua que alimentaba la plaza.

Pero el ejemplo dado por aquellos hombres era peligroso. César no podía perder tiempo. Su mando tocaba á su término y la guerra civil era inminente en Italia. Para prevenir por medio del terror toda resistencia parecida, mandó cortar una mano á los prisioneros, dejándoles la vida, para que fuesen ejemplos vivientes del castigo reservado á sus imitadores. Aquella medida abominable, que procura cohonestar pretextando la necesidad que le obligó á tomarla, produjo el efecto deseado, y al año siguiente pudo con toda seguridad repasar los Alpes (50).

III.—Caracteres y efectos de la conquista (1)

Fué sometida la Galia por un ejército que no contó nunca más de once legiones, es decir, que no rebasó jamás, contando con los cuerpos auxiliares, la cifra de setenta mil combatientes y que casi siempre fué menos numeroso. Sucumbió en ocho años, ó por mejor decir, en cinco campañas, pues es justo descartar las que se dirigieron contra los helvecios, germanos y bretones. La corta duración de esta guerra sorprendió á los antiguos. Comparan esta conquista á la de España, que costó unos doscientos años. Estrabón, que hace resaltar tal contraste, explica las causas de él. Comprendió perfectamente la índole de la resistencia de los galos. En vez de fraccionarse hasta lo infinito, como la de los españoles, se concentró muy pronto y fué no menos enérgica, pero sí mucho más fácil de vencer de un solo golpe. El destino futuro de ambas naciones quedaba así como escrito, por adelantado, en la primera página de sus respectivas historias.

Sorprende y admira la pronta resignación de los galos, su docilidad después de la derrota. El principal autor de aquel cambio fué el propio César. Poseía todas las cualidades que pueden seducir á un pueblo brillante y poco reflexivo, la gracia, el encanto personal, el prestigio del genio y de la gloria. Durante muchos meses recorrió las ciudades, tranquilizando á los timoratos, desarmando odios, no escatimando nada para atraerse partidarios y colmando á éstos de dones y mercedes. Tal política produjo sus naturales frutos cuando estalló la guerra civil. La Galia se declaró en favor de su vencedor. Le había proporcionado soldados contra sí misma y con mayor motivo se los ofreció para la conquista de Roma y del mundo. El Sudoeste y el Centro enviaron sus infantes, sus arqueros; el Norte su caballería. Con aquellos cuerpos ó con algunos de ellos formó más tarde aquella legión de los alondras, nombre que recordaba un pájaro muy querido de los celtas. Los viejos romanos se indignaban y acusábanle de guiar á los vencidos de Alesia á una nueva batalla de Allia.

El impulso dado por César no acabó con su muerte. Cien años más tarde el emperador Claudio se expresaba así ante el Senado: «Nunca, desde que fué domada por el divino Julio, se ha desmentido la fidelidad de la Galia; jamás, ni aun en las más críticas circunstancias, ha vacilado su adhesión.» No todo se debe, pues, á la

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Barthélemy, *Les libérés gauloises sous la domination romaine de l'an 50 à 27 av. J. C.* «Revue des questions historiques,» 1872. Fustel de Coulanges, *La Gaule romaine.*



JULIO CÉSAR

(Estatua colosal del Museo de Nápoles)

persona de César; y la conversión de la Galia depende de causas más hondas, que importa señalar desde ahora.

Precisa imaginarse el estado del país y los sentimientos de sus habitantes después de aquella serie de esfuerzos y reveses. Los campeones de la idea nacional estaban muertos, cautivos ó proscritos. La visión de la patria común, columbrada un instante, se había obscurecido de nuevo y acabó por borrarse del todo. El partido romano triunfaba. Todas sus predicciones se justificaban. Roma aparecía como una fuerza irresistible, fatal. ¿Quién osaría acometer la obra de la liberación? ¿Quién podía prometerse triunfar allí donde Vercingetórix fracasó?

De ser muy pesado el yugo, pronto hubiesen cambiado las disposiciones pacíficas de los galos. La savia guerrera de la raza no se había agotado. Las tropas galas formaron el nervio de los ejércitos imperiales. Es, pues, evidente que si la Galia no hizo ninguna nueva tentativa para recobrar su independencia fué porque no la echaba de menos.

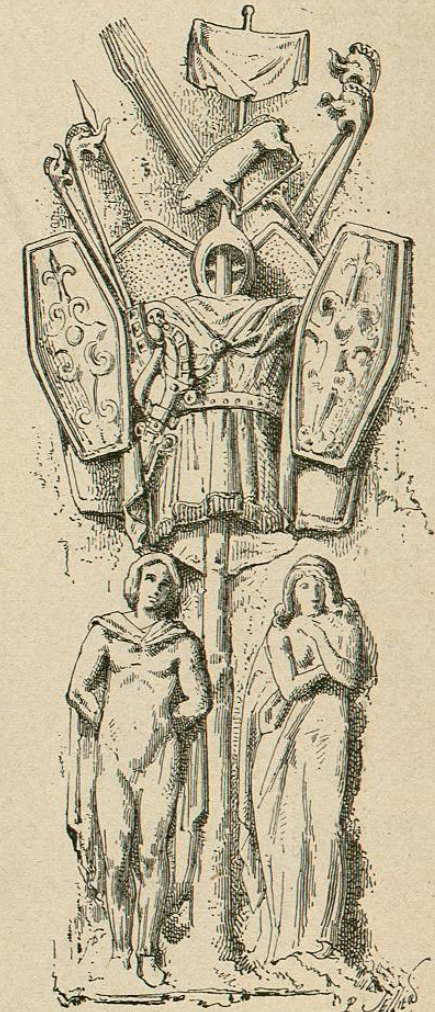
Roma no impuso á los galos ninguno de los sacrificios que hoy por hoy se consideran como el complemento necesario y condición precisa de una conquista. No les molestó ni en sus intereses, ni en sus costumbres y afecciones. No destruyó su religión ni su lengua. Dejó subsistir la sola patria que les era realmente cara: la ciudad. No fué por generosidad ni por escrúpulos, sino porque carecía de medios para obrar de otro modo y porque jamás tuvo el propósito de seguir otra conducta. No veía la necesidad de un cambio que hubiese despertado grandes odios sin por eso asegurar mejor su imperio. Tampoco le convenía asumir, hasta en sus detalles, todas las cargas del gobierno. No disponía para ello de un personal bastante numeroso, y la uniformidad administrativa, que al fin prevaleció, no se buscaba ni se deseaba entonces. Dejó, pues, que funcionaran como antes todos los organismos administrativos. Le bastaba, para su seguridad, encargarlos á personas de cuya adhesión estuviese segura. Tal fué la causa que la indujo á restablecer la autoridad de los jefes cuyas simpatías había podido advertir durante la guerra. Cambiaron en las ciudades los partidos que ejercían el gobierno, y fuera de esto nada cambió.

Roma no hacía alarde de su autoridad. Sus ejércitos, acantonados en las fronteras, apenas enviaban destacamentos al interior. Sus gobernadores, sus legados, residían en las capitales de las provincias y no enviaban representantes á las ciudades. El país estaba libre, por decirlo así, de sus funcionarios y soldados. Sabían todos que era omnipotente; pero sus exigencias eran muy limitadas, y á la postre lo que exigía valía menos que lo que otorgaba.

Exigía una contribución y el servicio militar. Es verdad que esta doble carga podía resultar muy pesada y hasta insostenible. Tal ocurrió en la antigua Provincia, antes del proconsulado de César. De ello tenían la culpa los abusos de que era víctima. Las exacciones de los gobernadores y de los publicanos mantenían aquel país en un estado permanente de rebelión. César supo sacar partido de aquellas mismas comarcas. Le dieron reclutas para su ejército y resistieron á las ofertas de Vercingetórix. Desde entonces se advirtió clara-

mente que para asegurar la dominación romana había que seguir una política más ilustrada y generosa, como regla de la administración imperial.

La primera medida de Roma fué siempre la disolución de las ligas que se opusieron á su conquista. Una vez suprimidas, procuraba con gran cuidado impedir que resurgieran. La parte de autonomía que concedía á las ciudades era puramente local y no permitía ninguna iniciativa en las relaciones exteriores. Los mismos gra-



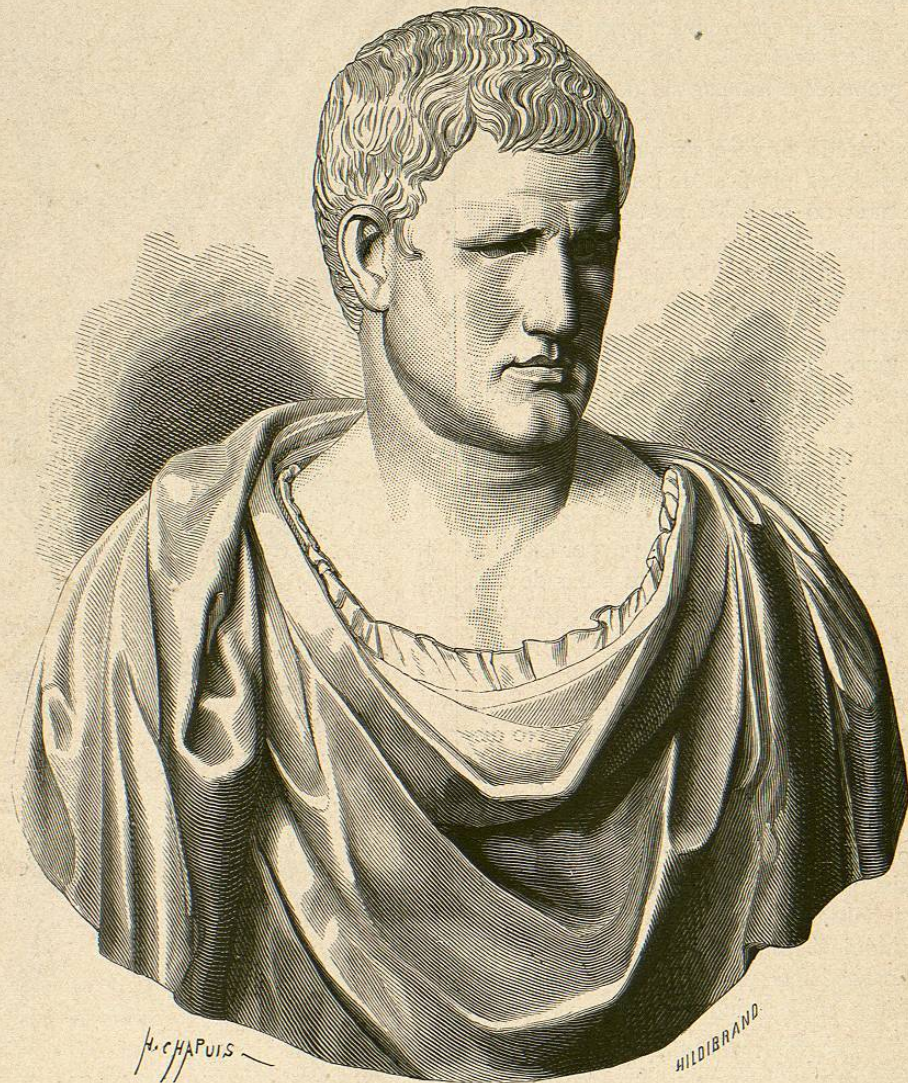
Prisioneros galos y trofeo. (Caristie, arco y teatro de Orange.)

dos establecidos en la sujeción eran un buen medio para deshacer el haz de los elementos hostiles. A veces esa sujeción llegaba hasta el punto de prohibir el derecho de adquisición á los ciudadanos de una ciudad en otra ciudad y el de casamiento, también entre ciudadanos de diverso origen. Nada indica que sometiera á tales medidas á los galos.

Las confederaciones no se echaban de menos, porque recordaban la opresión de los débiles por los fuertes. ¡Cuántos pueblos, reducidos al estado de clientes, debieron alegrarse al ver rota su cadena! El yugo romano no era más duro que el que desaparecía, y el amor propio se sometía á él más fácilmente. Más sencillo era obedecer á la primera potencia del universo que á un vecino detestado y que inspiraba celos. La sumisión de los Estados pequeños se facilitó por la humillación de los grandes.

La conquista que liberó las ciudades realizó también la liberación de los individuos. Roma, que tuvo que luchar contra las clases inferiores, fué su libertadora. Empezó por librarlas de las obligaciones militares hacia sus patronos. En efecto, no podía tolerar junto á sus ejércitos los de particulares. Tampoco pudo admitir durante mucho tiempo la jurisdicción de los nobles sobre sus vasallos en detrimento de los poderes públicos, desde el gobernador hasta los magistrados de las

estas manifestaciones era muy legítimo, muy natural. De uno á otro extremo del mundo antiguo, los pueblos, por mucho que exploraran en el campo de sus recuerdos, no veían sino la guerra entre ciudad y ciudad, entre casa y casa, sin tregua ni compasión. En Oriente y en Occidente el espectáculo era el mismo y obedecía á iguales causas, pues en uno y otro punto engendraba aquel estado de cosas el régimen de las ciudades, allí realzado por el brillo de una cultura secular, primitivo



M. Vipsanio Agrípa. (Galería de los Oficios en Florencia.)

ciudades. El sistema de patronato, reducido así á relaciones de protección y deferencia, era muy parecido al de Roma y no impuso sino muy ligeros deberes, en la práctica de los cuales se mostraban los patronos muy benévolos. El desarrollo del comercio y de la industria, mejorando la situación material de las masas, contribuyó á emanciparlas.

De cuantos beneficios hizo Roma á la Galia, fué la paz el más señalado. La paz romana, *pax romana*, fué la fórmula mágica que allí como en otras partes triunfó de todas las resistencias y conquistó todos los corazones. Los testimonios de la general gratitud abundan en monumentos, inscripciones, documentos oficiales; pero no porque los conozca todo el mundo hay que quitar mérito á su sinceridad. El sentimiento á que obedecían

aquí y grosero, pero en todas partes sangriento y anárquico. Roma pacificó el mundo. Hubo aún guerras civiles, disturbios; pero no comparables á los desórdenes y miserias de otras épocas, y entre guerra y guerra motín y motín, períodos de reposo, paz profunda. La historia ha visto períodos más gloriosos que el de los Antoninos, un desarrollo más completo, una más rica expansión de humanas energías; pero no ha visto otro en que los hombres vivieran más tranquilos y dichosos.

Con la paz traía Roma la civilización. Acudía con las manos llenas de tesoros acumulados por una larga serie de generaciones: letras, artes, ciencias, filosofía; cuanto Grecia produjo, cuanto ella supo crear y mejorar. «Los galos, dice Fustel de Coulanges, tuvieron inteligencia bastante para comprender que valía más la

civilización que la barbarie. Antes se sometieron al imperio de la civilización que al de Roma. Para ellos ser romano era, no prestar obediencia á un dueño extranjero, sino compartir las costumbres, los estudios y los placeres de lo mejor y más noble de la humanidad.»

IV.—Las insurrecciones del siglo I después de J. C. (1)

Las causas que debían producir la reconciliación de los galos con sus vencedores no obraron con igual eficacia al mismo tiempo sobre todos aquéllos. Durante cerca de un siglo hubo todavía insurrecciones; pero ninguna de estas tentativas tuvo la gravedad que se les ha atribuido á veces. El odio á Roma y el deseo de independencia no fueron siempre causa de ellas, ni su móvil dominante. Fueron siempre parciales; la gran mayoría de la nación no se asoció á ellas y al cabo las condenó.

Las primeras rebeliones estallaron hacia el año 38 antes de J. C. La anarquía en que la muerte de César, en 44, sumió al mundo romano, alentó á los descontentos. Pero precisamente la anarquía tocaba á su término porque, desde 40, Octavio era el dueño indiscutido de Occidente. A él le tocó la tarea de pacificar la Galia. No conocemos muy bien tales movimientos, que duraron unos diez años. Los historiadores les dedican sólo algunas líneas. Otros sucesos llamaban su atención. Es de creer, sin embargo, que los hubieran mencionado más detalladamente si la obra de César hubiese llegado á verse seriamente amenazada.

Las insurrecciones se localizaron en ambos extremos del país, entre los aquitanos, nunca bien sometidos y que podían contar con el apoyo de los iberos transpirenaicos, y entre los belgas, cuyo temperamento belicoso se había gastado poco en la campaña de Vercingetórix. Las reprimió M. Vipsanio Agripa, el mejor general de la época. Era la tarea inferior á su talento; pero implicaba una mucho más vasta, cual era la de preparar la organización definitiva de la Galia. Agripa hizo la guerra en el Mediodía y en el Norte. Derrotó á los aquitanos en 38 y el mismo año pasó el Rhin. La guerra contra Sexto Pompeyo, que le llamó á Italia en 37, detuvo el curso de sus victorias. Algunos años más tarde, entre

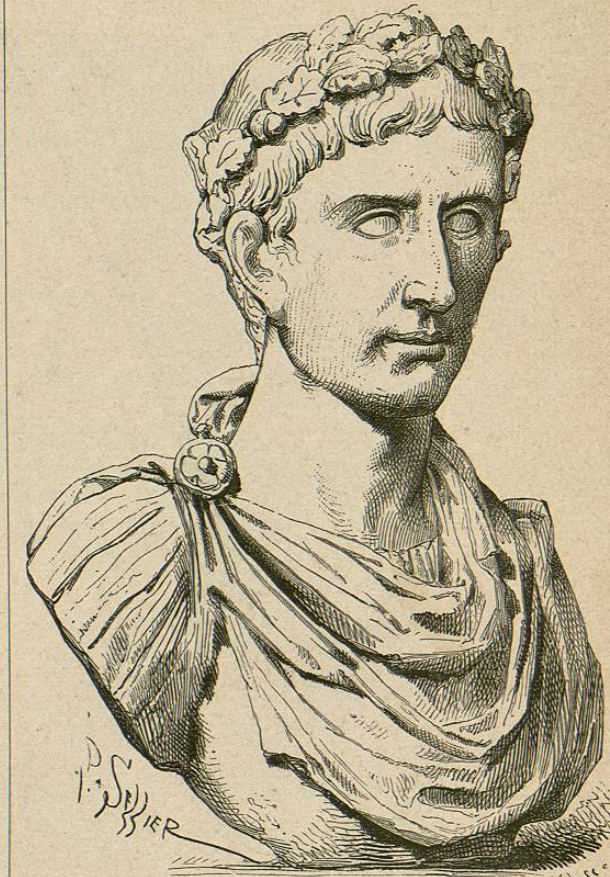
33 y 30, C. Albio Carrinas reanudó las operaciones contra los aquitanos y tuvo que combatir además á los morinos. En 29 Nonio Galo sometió á los treverios. En 28 Valerio Mesala alcanzó una tercera victoria sobre los aquitanos. El triunfo que se le otorgó por tal causa en 27, fué el último celebrado á costa de los galos.

Durante cuarenta años la Galia permaneció tranquila. No quiere decir esto que todos los ánimos estuvie-

(1) FUENTES.—Sobre las insurrecciones anteriores al 27 antes de J. C.: Apiano, *Guerras civiles*, IV y V. Dion Casio, XLVIII, XLIX y LI. Tibulo, *Elegías*, I, 7. *Fastes triomphaux Capitolins* en el tomo I del *Corpus inscript. latinar.*—Sobre los acontecimientos posteriores: Tácito, *Anales*, y particularmente III, 40-47, *Historias*. Suetonio, *Los doce Césares*. Plutarco, *vidas de Galba y Otón*. Dion Casio, LI-LXVI. Josefo, *Guerra de los Judíos*, II, 28; V, 26, 33, 35, etc.

OBRAS DE CONSULTA.—Amadeo Thierry, *Histoire des Gaules*, II. Fustel de Coulanges, *La Gaule romaine*. Barthélemy, artículo citado, párrafo 3. *Histoires de Duruy*, Schiller, Mommsen, citadas luego, al principio del libro tercero. Mommsen, *Der etate Kampf der römischen Republik*, Hermes, 1878.

sen aquietados y el país satisfecho de su suerte. Las operaciones del catastro, que empezaron en 27 antes de J. C. y continuaron durante mucho tiempo, 27 ocasionaron una agitación que alguna vez se tradujo en motines. Las averiguaciones que entrañaba aquella operación eran harto minuciosas para que no degeneraran alguna vez en vejatorias. Se preveía que traería un recargo del impuesto, que era ya de por sí muy impopular y más aún por los abusos que engendraba. De



Octavio. (Museo del Louvre.)

todos los vicios de la administración republicana el peculado fué el que más tardó en extirparse y el que con mayor facilidad renacía. Había demasiados cómplices interesados en sostener á los culpables. El propio Augusto hizo la vista gorda acerca de los robos de su liberto Licino, procurador en Lyón. Primero pensó en castigar. Después se resignó á compartir el producto de aquellos robos. Para acudir al impuesto, ciudades y particulares recurrían á los préstamos. Las tres Galias fueron sucesivamente presa de los usureros, raza maldita que pululaba dondequiera á la sombra del nombre romano.

Extraño es que el descontento no estallara antes. Los reveses que experimentaron en diferentes ocasiones los ejércitos del Rhin, su sublevación á la muerte de Augusto, ofrecieron coyunturas favorables. Pero los galos ignoraban lo que podían esperar de los germanos y les espantaba la idea de entregarse á hordas indisciplinadas y ávidas de botín. Por tal causa no aprovecharon las ocasiones que se les presentaban. El gobierno se felicitó de la actitud que guardaron ante un riesgo que